

I. Introducción

“Se dice” que los rumores son siempre falsos.

Sin embargo, y salvando la paradoja, quizá sea difícil encontrar algo más falso que esta afirmación. Afirmación que, por otra parte, reproduce de manera extraordinariamente fiel la estructura característica de lo que solemos llamar rumor: es anónima, segura, breve, tajante e irrefutable. No es posible hallar un argumento definitivo que demuestre la falsedad de una proposición que comience con un "se dice". Porque, ¿quién es el que dice? Siempre será posible apelar a un personaje en la sombra al que atribuir la autoría del dicho.

Ahora bien, si nos atenemos al contenido, esto es, a la sentencia que declara la falsedad universal de los rumores, parece más sencillo presentar un recurso para refutarlo. Basta pensar, por un momento, en la multitud de rumores que han sido confirmados por la realidad. Es suficiente con recordar uno, que, aunque lejano en el tiempo, es bien conocido. Comenzó a circular en enero de 1973 que el presidente francés, Georges Pompidou, sufría una grave dolencia. Tanto en los ambientes políticos del partido gobernante como en los de la oposición, la noticia se difundió con gran rapidez a pesar de no haber recibido confirmación oficial. No era para menos, puesto que de ser cierta anticipaba que los siete años de gobierno presidencial no llegarían a su término. Desgraciadamente para el presidente, así sucedió en efecto: un año después del nacimiento del rumor Pompidou fallecía a causa de una terrible enfermedad [1].

Tan trágica predicción nos invita a sospechar, de momento, que la habitual concepción de los rumores como un fenómeno negativo, fantástico e irracional pudiera no ser la más correcta. Cabe preguntarse, por tanto, si, lejos de revelarse como un misterio, los rumores no obedecen a una lógica cuyos mecanismos merezca la pena intentar descubrir.

2. Primeros pasos

Desde luego, no es difícil encontrar ejemplos cercanos de rumores que efectivamente tienen una base real. Pero tal seguridad no evita que el rumor, en cuanto fenómeno social, mantenga una connotación negativa, de sospecha. Si no siempre son falsos, sí debe concederse que se los considera escasamente fiables. Nada hay tan descalificante para una noticia como el que se diga de ella que "es sólo un rumor" [2], precisamente se exige a los profesionales de la información que se molesten en comprobar la veracidad de cuanto afirman.

¿A qué se debe esa desconfianza hacia los rumores?, ¿de dónde procede tan negativa valoración? Una posible respuesta apunta a que todos los ejemplos sobre los que se centraron los primeros estudios sistemáticos hacían referencia a rumores falsos; esto es, informaciones carentes de base real, pero presentadas como verdaderas para ser aceptadas y difundidas por el público. Esto no quiere decir que los investigadores desconocieran la existencia de rumores fundamentados. Ya se ha visto el acierto en el anuncio de la enfermedad de Pompidou, y podríamos mencionar la de otros conocidos personajes políticos como Andropov, Breznev, Reagan o, más recientemente, Fernández Ordóñez. Con frecuencia, los rumores se anticipan a sucesos tales como devaluaciones monetarias, reconversiones industriales o cambios ministeriales. Precisamente, este éxito predictivo es lo que hace que los rumores sean creídos, ya que nadie en su sano juicio aceptaría como tal una información que sabe que es necesariamente falsa.

¿Cuál es entonces la razón por la que se asocian los rumores con el error y la falsedad? Quizá parte precisamente de que esas primeras investigaciones – realizadas durante la Segunda Guerra Mundial – pretendían eliminar los efectos negativos que sobre las tropas y la población tenían las incontables noticias que corrían de un lado a otro [3]. El peligro no estaba tanto en su posible falsedad inicial [4], sino en el "inevitable" – así lo creían – proceso de deformación del contenido al ir pasando de una persona a otra, con los correspondientes añadidos, recortes o exageraciones, dando lugar a lo que se conoce como "efecto bola de nieve" [5]. Por otro lado, en situación de guerra era enormemente delicado que circularan ciertas noticias, tanto porque podían contener datos valiosos para el otro bando, como porque existía el peligro de contribuir a propagar los infundios lanzados por el enemigo con el fin de intoxicar la información destinada a los combatientes.

Estas especiales circunstancias provocaron, en buena medida, que los estudios pioneros tuvieran un carácter moralizante y

adverso hacia los rumores, en lugar de aplicarse al análisis de sus mecanismos y función.

3. ¿A qué llamamos rumor?

A pesar de las limitaciones señaladas, tiene interés atender a las primeras definiciones que se dieron del fenómeno. No podemos hacer un repaso exhaustivo de todas las que circularon en aquella época, pero puede servir de referencia analizar alguna de ellas. La formulada por Peterson y Gist es bastante representativa; según ellos, el rumor consiste en

una explicación que no ha sido verificada, que circula de boca en boca y que se refiere a un objeto, un acontecimiento o un asunto de interés público [6] .

Esta definición [7] encierra varios elementos que merece la pena considerar:

– es una *información* que aporta novedades sobre alguna cuestión de *actualidad*. En esto se distingue de una leyenda, que se refiere a un hecho pasado y no busca orientar la acción inmediata. El rumor suele surgir a raíz de un suceso importante y a la vez ambiguo, abierto a más de una interpretación plausible [8] . Debe tener un determinado grado de *interés público*, de otra forma nadie se molestaría en transmitirlo ni perdería el tiempo escuchándolo, y el rumor "moriría" pronto.

– pretende ser aceptado como una *explicación*; su objetivo es *convencer*. Se transmite para ser creído, por ello se escuda en la autoridad del que lo comunica y exige confiar en su veracidad: se trata de compartir una creencia, una verdad de la que el que habla es testigo. En esto se diferencia de un cuento o una historia destinada sólo a entretener.

– corre de boca en boca [9] . Pero, evidentemente, no toda noticia que circula de este modo es un rumor, sino sólo aquellas que surgen de un proceso de discusión colectiva, más o menos espontáneo. Se constituye a partir de un suceso ambiguo, sin explicación definitiva, mediante "la unificación de los recursos intelectuales con que cuenta el grupo para dar una interpretación satisfactoria del acontecimiento" [10] . Siempre requiere un cierto consenso. Por otra parte, aunque casi todas las definiciones hacen de la transmisión de boca en boca el canal privilegiado, hay otros medios de propagación, como las octavillas o los panfletos; y no es infrecuente que también los medios de comunicación social se hagan eco del rumor, contribuyendo a difundirlo.

– suele proponerse como su característica diferenciadora la de ser una información que, estando ya en circulación, aún *no ha sido verificada*. Ahora bien, en la vida cotidiana rara vez verificamos las informaciones que nos llegan a través de un amigo, un colega o un familiar. Y no lo hacemos por la sencilla razón de que no es necesario: nos fiamos de esas personas, que, además, o son testigos del acontecimiento o dicen estar en contacto con un testigo directo. ¿Cabe mayor seguridad en una sociedad en la que se hace difícil conciliar la información, a veces contradictoria, que proviene de distintas fuentes? Ahí radica precisamente la fuerza de persuasión de los rumores, su contenido es verosímil porque nos llega a través de personas dignas de crédito. De otra parte, tal característica – la no verificación – no permite distinguir un rumor de otros tipos de mensajes difundidos oralmente, cuya comprobación personal carece de sentido.

Todas las características enunciadas concurren verdaderamente en el fenómeno que llamamos rumor, pero ni son exclusivas de él ni lo definen de forma satisfactoria. Hemos visto ya cómo lleva a un callejón sin salida la asimilación de los rumores a proposiciones falsas y, por otro lado, es experiencia común que la veracidad y la verificación no son siempre etiquetas que acompañen a todas las informaciones.

4. La forma de comunicación más antigua del mundo

Hasta la invención de la escritura, el principal canal de comunicación dentro de las civilizaciones era el contacto cara a cara. Las novedades circulaban por vía oral y, a menudo, bajo la forma de rumores. Con la introducción de la comunicación escrita y, más tarde, con la explosión de los medios de comunicación masivos (fundamentalmente prensa, radio y televisión), se pensaba en el ocaso del poder del rumor. Sin embargo, tendremos oportunidad de ver cómo, lejos de desaparecer, los rumores se han especializado.

No parece que sea forzar mucho las cosas admitir que los rumores cumplen con los requisitos comúnmente aceptados para la comunicación humana. Se trata de transmisión de información entre personas, realizada mediante signos que se utilizan

con el interés de causar un efecto más o menos previsible [11] . En consecuencia, debe aceptarse que, como cualquier otro medio de difusión de mensajes, puede ser utilizado bien o mal. Esto es, como cauce apto para enviar informaciones ciertas o, por el contrario, como factor distorsionante de la realidad. De ahí que una interpretación meramente negativa resulte parcial, al dejar sin explicar – conformándose con calificarlas de patológicas – buena parte de las manifestaciones más específicas de este fenómeno.

Lamentablemente, las consecuencias de esta concepción negativa no son sólo teóricas, sino que esconden una pretensión inútilmente depuradora: evitar de raíz que circule cualquier especie falaz. Pero, el único medio verdaderamente eficaz para eliminar los rumores – interpretados erróneamente como fuente principal de falsedades – consiste en prohibir que la gente hable. En efecto, si se pretende que sólo circule información fidedigna, no hay otro camino que controlar la palabra, impidiendo toda noción que se aparte de la oficial. Desde esta perspectiva, se entienden los cinco "consejos" propuestos por Knapp [12] para evitar la proliferación de los rumores:

1º. procurar que la gente conserve una absoluta confianza en los *medios de comunicación oficiales*, evitando que acudan a otras fuentes.

2º . alimentar una *fe total* del pueblo en sus gobernantes, de forma que no se dé lugar a sospechas ni a falta de confianza en su gestión.

3º . cuando se produzca un acontecimiento de especial importancia deben difundirse rápidamente el *máximo de informaciones* explicando el suceso.

4º . establecer los medios eficaces para *eliminar todos los focos de ignorancia*, puesto que no basta con limitarse a difundir las noticias.

5º, mantener a la población *libre de la ociosidad* para no dar lugar a la invención de historias.

Si en el contexto de una guerra tales consejos pueden parecer legítimos, mantenidos en tiempos de paz hacen pensar en un régimen totalitario obsesionado por el control de la información. Efectivamente, la aplicación de estas medidas apunta directamente a eliminar cualquier tipo de mensaje o conocimiento que no proceda directamente del gobierno. Ahora bien, en tal caso, ¿dónde quedan la libertad de expresión y la libertad de prensa? Se pretende una "fe total" de los ciudadanos en los dirigentes políticos, pero no se procura ninguna justificación de tal pretensión. Aun admitiendo que los rumores sean absolutamente perjudiciales, el remedio aquí propuesto parece peor que la enfermedad. Pero, resulta que además no puede ser eficaz, ni en el fin ni en los medios: cuando las fuentes oficiales se evidencian insuficientes no hay forma pacífica de impedir que el pueblo "acuda a otras fuentes". Sólo mediante la represión se alcanza a evitar la proliferación de focos informativos no autorizados [13] . Sin embargo, ¿se consigue con eso erradicar los rumores o más bien se fomenta su intercambio? Cuando se impide la comunicación libre entre personas, sólo queda el recurso al runruneo, por varios motivos: es rápido, no deja pruebas de su transmisión, su contenido es convincente y encierra un interés inmediatamente personal, el contacto es breve y entre individuos que se conocen y no van a delatarse.

En definitiva, hemos de admitir que, pese a su mala fama, los rumores, en determinadas circunstancias y siempre que no caigan en el enredo, abren un espacio a la libertad. Se convierten en garantes de la verdad. Por eso soportan cualquier mentís que provenga del poder. Podemos recordar, en este sentido, los numerosos rumores que se generaron en torno a las informaciones oficiales vertidas durante la última enfermedad de Franco. La mayor parte de los grupos sociales manifestaron una actitud crítica sobre la información aparecida, sobre la forma de dar las noticias y sobre sus contradicciones y vacíos, que les impedían enterarse de lo que ocurría. Los ciudadanos estaban interesados en el transcurso de la enfermedad, en su proceso irreversible o en su posible recuperación, pero lo que verdaderamente les importaba no era tanto la operación quirúrgica cuanto la operación política, el proceso sucesorio. [14]

De esta forma, va emergiendo una de las notas más típicas de esta forma de comunicación, nota que había pasado desapercibida para las definiciones que anteriormente hemos examinado. Quizá el que con más claridad la ha señalado sea Jean-Noel Kapferer, presidente de la *Fundación para el Estudio de la Información sobre los Rumores*, que afirma tajante que

el contenido del rumor no está caracterizado por su naturaleza de noticia verificada o no, sino por poseer una *fente* no

oficial. (...) Llamaremos rumor a la aparición y circulación en la colectividad social de informaciones que aún no han sido confirmadas públicamente por las fuentes oficiales, o que éstas han desmentido. El "se dice que" es una negación, ya sea porque el rumor se ha adelantado a la fuente oficial (rumores de dimisiones o de devaluaciones), ya porque se opone a ella [15] .

La prueba es sencilla. Si un rumor es desmentido por un portavoz oficial no por eso deja de existir, antes bien sale reforzado o se adapta; mientras que si es confirmado, cesa como rumor: ha dejado de ser no oficial. En definitiva, lo que propiamente distingue a los rumores de otras formas de comunicación no es tanto la vinculación de su contenido con la realidad (verdad o falsedad) como su carácter de susurro, casi clandestino y siempre confidencial.

Por eso, el desarrollo de los medios de comunicación de masas no ha conseguido extinguirlos, antes bien los ha ubicado como una fuente de información paralela, no descendente – como la oficial – sino horizontal [16] . Es una información que se propaga dentro de grupos homogéneos, a los que proporciona la cohesión propia del secreto compartido. El ser portador sigiloso del misterio asegura la participación en el grupo, da prestigio. Polarizados los esfuerzos en controlar las posibles habladurías vertidas por el rumor, suele pasarse por alto el importante papel de aglutinador social que desempeña. En primer término como tema de conversación, que además sirve para comprobar si nuestras opiniones coinciden con las del grupo. En segundo lugar, por su interés pragmático, porque puede anunciar cambios que nos afecten. Y por último, debido a su forma de transmisión, que requiere la aprobación de su contenido por parte de cada uno de los individuos que van a servir de portadores, dando lugar a que su criterio de verdad sea el consenso.

El rumor, en cuanto que fenómeno comunicativo no falsifica necesariamente el mensaje que transporta, sólo lo hace furtivo, independiente por naturaleza del control central. Tampoco es cierto que desfigure de manera inevitable el significado al hacerlo pasar de una persona a otra. Algunos rumores, en su brevedad, son extraordinariamente fieles a su formulación desde el principio al final. Así por ejemplo, tanto el chisme que acusa a McDonald's de utilizar gusanos en la confección de sus populares hamburguesas [17] , como el que irreflexivamente asegura que "los cigarrillos Camel contienen opio", se han mantenido inalterables a lo largo del tiempo [18] .

Hasta la actualidad el estudio de los rumores ha estado marcado por el prejuicio de que son necesariamente falsos, distorsionantes e irracionales. Hemos tratado de ver que esta concepción es insostenible. Su convivencia con los medios de comunicación muestra que no son simplemente un sustituto de la información oficial y controlada, que circula de arriba abajo, de los que saben a los que ignoran. No, más bien son un medio complementario, informal, muy utilizado y probablemente el más antiguo del mundo.

La concepción negativa que asocia a los rumores con la falsedad pretende que la única comunicación que existe es la controlada. Los rumores mismos presentan otra versión: no hay más información que la que procede de una comunicación libre. Ahora bien, si los rumores falsos son el precio que hemos de pagar por los rumores fundamentados, será necesario despertar los mecanismos personales de control a la hora de juzgarlos.

[1] Otros rumores siguen un largo proceso hasta que desaparecen, bien por ser confirmados, bien porque mueren en el olvido. Así, por ejemplo, los casi treinta años transcurridos desde el asesinato de John Fitzgerald Kennedy no han conseguido despejar la incertidumbre acerca de la autoría del atentado. La versión oficial, reflejada en el célebre informe Warren, no dejaba lugar a dudas: había sido obra de una sola persona, Lee Harvey Oswald, que actuó por propia iniciativa. Sin embargo, ya en los días que siguieron al 22 de noviembre de 1963, comenzaron a circular múltiples murmu-

llos no coincidentes con el informe Warren. Algunos de ellos aseguraban tener datos de la existencia de varios francotiradores en el centro de Dallas. Oswald sólo era la cabeza de turco – como él mismo aseguró – de un complot organizado, según las diferentes interpretaciones, por Fidel Castro, o por los exiliados cubanos, o por la mafia, o por la misma CIA. En cualquier caso, la versión oficial del asesino solitario no resultó muy convincente, prueba de ello – y de que el rumor sigue vivo – es la acogida que ha tenido en USA la reciente película de Oliver Stone basada en las indagaciones del fiscal Jim Garrison.

[2] En buena medida, los rumores conservan su fuerza de convicción evitando ser percibidos como tales. Una confidencia iniciada con la fórmula "se rumorea" o "se dice", corre el peligro de ser

considerada una chismorrería. El rumor pretende convencer y para lograrlo utiliza transmisores convencidos de lo que dicen. Esto no evita que en ocasiones apele a fuentes anónimas.

[3] Cfr. Allport, G.W. y Postman, L., *Psicología del rumor*, ed. Psique, Buenos Aires, 1967; especialmente el capítulo II. La versión original es de 1947. En descargo de estos autores es preciso aclarar que en ningún momento afirman explícitamente que el rumor sea una información falsa.

[4] Caplow, T., "Rumors in war" en *Social Forces*, 1947, 25 (3), pp 298-302. Presenta un estudio de las comunicaciones informales dentro de las tropas que operaban en el Pacífico durante la Segunda

Guerra Mundial. Además de descubrir que el número de rumores resultó ser sorprendentemente bajo – menos de 1 al mes por cada 100 hombres – y que se transmitían a lo largo de canales bien definidos, comprobó que, a pesar de las dificultades, la veracidad de los rumores era elevada y **ino**decrecía demasiado con la transmisión! De hecho, la validez *umentaba* durante el proceso debido a la tendencia a seleccionar las partes más verosímiles del mensaje. La distorsión aparecía más a partir de personalidades individuales que como factor de grupo.

[5] Allport Y Postman realizaron una serie de experimentos encaminados a probar el grado de distorsión en el relato de una situación determinada al ir pasando de una persona a otra. Una de

las escenas representaba el interior de un vagón de metro en el que viajaba un hombre blanco, mal vestido y con una navaja abierta en la mano, que decía algo a un hombre negro, bien trajeado. Al recorrer el relato de esta escena una cadena de interlocutores que no la han presenciado

va sufriendo modificaciones, según la imaginación y memoria de cada uno de los narradores. Normalmente, la navaja va a parar a las manos del hombre negro, porque esto se ajusta mejor al estereotipo popular, y, por supuesto, ambos personajes intercambian sus atuendos. Los autores del experimento reconocen su artificiosidad, pero aseguran que la situación experimental proporciona más objetividad que la que se puede encontrar en una situación real. Añaden que los hallazgos de la prueba se darían aumentados en la práctica. Esto se contradice con lo afirmado por Caplow en la misma época (vid. nota 4).

[6] Peterson, W. y Gist, N., "Rumor and Public Opinion" en *American Journal of Sociology*, 57, 1951, p. 159.

[7] Definiciones similares se encuentran en Allport, G.; Postman, L., *op. cit.*, p. 11: "es una proposición específica para creer, que se pasa de persona a persona, por lo general oralmente, sin medios probatorios seguros para demostrarla". Y en Knapp, R., "A Psychology of Rumor" en *Public Opinion Quarterly*, 8, 1944; p. 27: "declaración destinada a ser creída, que se refiere a la actualidad y se difunde sin verificación oficial".

[8] Cfr. Shibutani, T., *Improvised News: A Sociological Study of rumor*, Bobbs Merrill, Indianápolis, 1966, pp. 112-113. La ambigüedad del suceso sugiere buscar una explicación diferente – y a menudo contraria – a la oficial. El que sea reciente e importante le da interés y facilita que sea escuchado y re-transmitido. Cabe resumir la aportación de Shibutani en una fórmula sencilla: $R(\text{rumor}) = I(\text{importancia}) \times A(\text{ambigüedad})$. Podemos encontrar esta fórmula también en Allport, G. W. y Postman, L., *op. cit.*, pp. 15-16. En Chorus, A., "The basic law of rumor" en *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 1953, 48, p. 313. Se puede observar un avance – que acerca a los planteamientos de Caplow – al añadir como factor el "sentido crítico", que incluye reflexión y evaluación del mensaje. La fórmula es indirectamente proporcional al sentido crítico: $R = I \times A \times 1/C$.

[9] Según la Real Academia Española, "correr de boca en boca" es un galicismo aceptable, aunque en francés se usa más la expresión "de boca a oreja".

[10] *Ibid.*, p. 76.

[11] Cfr. Sanabria, F., *Estudios sobre comunicación*, Editora Nacional, Madrid, 1975, pp. 32-44. En

donde se señalan como principales notas de la comunicación humana las de ser simbólica, libre, activa, acumulativa y rica en contenidos.

[12] Cfr. Knapp, R., "A Psychology of Rumor" en *Public Opinion Quarterly*, 8, 1944; pp. 33-34.

[13] Aun utilizando estos medios es dudoso que se logre una aceptación acrítica de los informes oficiales. Poseemos testimonios bien recientes de la forma en que eran interpretadas las noticias en

los países ex-comunistas. Los individuos con cierto nivel cultural desarrollaban destrezas interpretativas espectaculares, que iban desde leer entre líneas hasta traducir al negativo los comunicados oficiales, pasando por una fina hermenéutica de los silencios del poder.

[14] Cfr. Equipos de Estudio, *Noticia, rumor, bulo: la muerte de Franco. Ensayo sobre algunos aspectos del control de la información*, Luis Querejeta ed., Madrid, 1976.

[15] *Rumores*, Plaza & Janés, Barcelona, 1989, p. 24.

[16] Cfr. Bates, S., *If no News, send Rumors*, St. Martin's Press, New York, 1989. Se recogen diferentes anécdotas y rumores – muchos de ellos aparecidos en la prensa – acerca de las fricciones entre los medios de comunicación y el gobierno americano, sobre la relevancia de la vida privada de los personajes públicos, y acerca de la conveniencia de mezclar buenas y malas noticias.

[17] Puede encontrarse un estudio muy documentado sobre este infundio en Love, J. F., *McDonald's*, Norma, Bogotá, 1987, pp. 379 y ss.; en donde se identifica su origen y desarrollo, así como los intentos de la compañía por aclarar la situación y acallar la maledicencia.

[18] Sería un error considerar estos ejemplos como casos aislados, puesto que, por sorprendente que parezca, un buen número de rumores se mantienen inalterables. Quizá el caso más espectacular sea

el llamado "rumor de Orleáns" (raptos en tiendas de confección administradas por judíos), que con muy pocas variantes se ha reproducido en diversas ciudades en diferentes épocas. Orleáns ni siquiera fue el punto de partida del rumor, pues éste ya había circulado en Ruán en 1966 y dos años después en Mans. Lo mismo sucedió más tarde en otros puntos de la geografía, fundamentalmente Francesa: Toulouse, Arrás, Lille, Valenciennes, Dinan, Estrasburgo, etc. En París llegó incluso a localizarse en calles determinadas. En 1985, dieciséis años después de Orleáns (cfr. *Noir et Blanc*, 1 al 19 de mayo de 1969), se reproduce en La Roche-sur-Yon ; y en el 86 en la localidad de

Laval aún se duda de la falsedad del bulo de Orleans. Cfr. Hannah, D, y Sternthal, B., "Detecting and Explaining the Sleeper Effect" en *Journal of Consumer Research*, 1984, II, pp. 632-642.